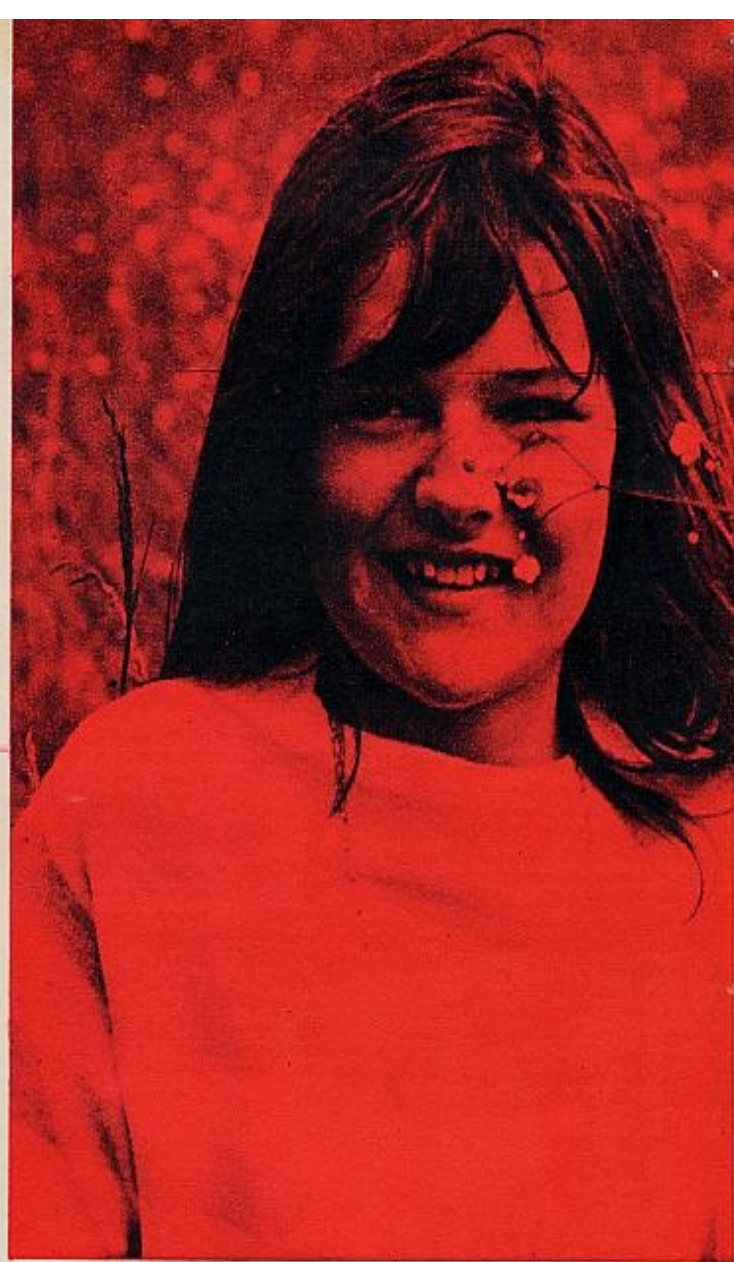


Ella

VIVIR DE AMOR



UN problema candente en las relaciones del matrimonio, lo constituye la tendencia de la mujer a sentirse desgraciada porque el marido, a causa de su trabajo, no puede dedicarle todo el tiempo y la atención que ella quisiera.

La mujer, sometida históricamente a los hombres y a las leyes, siempre que pudo hacerlo se vengó de su condición convirtiéndose en un ser fastidioso, dado a una forma sutil del chantaje. Evolución lógica, porque había sido educada de forma apropiada para convertirse en fastidiosa y chantajista.

De su carácter y su inteligencia nadie se preocupaba. En cambio se dedicaba gran atención a su belleza, su elegancia, sus buenas maneras y, no hace falta decirlo, a su integridad. Es lógico que, en este estado de cosas, las muchachas crecieran con la convicción de que el hombre que se casara con ellas debía estarles agradecido por recibir tanta belleza, elegancia, finura y pureza juntas. Una vez casada, la joven se sentía como una reina. Y se lo decían: "Reina de mi corazón", "Reina de la casa". Una casa donde, digámoslo de paso, la que trabajaba era la sirvienta, cuando no dos o tres. Ella, la señora, se estaba recostada en un diván, vestida con una bata de encaje maravillosa. Pero, ¿de qué sirve que sea tan bonita si nadie la admira? ¿Dónde estaba mientras tanto el marido? Trabajando, el muy insensato.

Heroínas del ochocientos

Las muchachas de principios de siglo se conmovían leyendo las novelas de

George Ohnet y de Paul Bourget. Su adolescencia se nutría de historias de adulterios elegantes, cometidos por mujeres veladas y decepcionadas de sus maridos, con la complicidad de jovencitos que, en cambio, no teniendo nada que hacer, podían dedicarse a ellas en cuerpo y alma. En esas novelas el marido era generalmente un hombre gris y aburrido, no porque lo fuese de verdad, sino porque el trabajo lo vulgarizaba. Durante largo tiempo la mentalidad femenina estuvo dominada por un equivocado sentido de revancha. En términos concretos, la idea era ésta: "Te lo he dado todo —"todo", en este caso, tiene el significado estricto de pureza— y tú debes darme no sólo comodidad, sino buena parte de tu tiempo". Como no existía un auténtico diálogo entre el hombre y la mujer, ésta consideraba el amor exclusivamente como una expresión romántico-sexual. Por consiguiente, para ella, el verdadero enamorado era el que estaba siempre disponible y pronto a todas las renunciaciones, desde arriesgar la vida para cogerle un "edelweiss" en el pico de una montaña, a jugarle el porvenir para complacer sus caprichos. Pero esa mujer no escogía entre dedicación y posición, sino que quería las dos cosas juntas. Es decir, que el hombre debía ser al mismo tiempo un caballero romántico y una máquina de hacer dinero. No obteniendo este milagro —por otra parte completamente imposible—, resolvía el problema buscando otro hombre.

La literatura de aquella época tenía como heroínas a las descontentas, las

no se relacione con ella, está contra ella. En las mujeres que gastan sin medida, el ansia de gastar es una inconsciente forma de castigo hacia el hombre que trabaja. Es su venganza por las horas de amor que le sustrae.

Este es un conflicto que nace entre dos mundos que no se comprenden, que se ignoran. Quizá la actividad frenética de ciertos hombres tenga esta sola causa: escapar de la atmósfera sofocante que crean las mujeres que no saben estar solas. "Yo debería bastarle", dicen, sintiendo que la actividad del marido es una actividad odiosa.

El aburrimiento mata el amor

Esta mentalidad—cada vez más rara, por fortuna—, si podía justificarse en otros tiempos, no tiene hoy razón de ser. La mujer sabe cómo pasar el tiempo sin estar colgada del brazo del marido. Aunque no trabaje, tiene bastante que hacer en casa y se ha habituado a cierta independencia que le satisface. Es natural que la mujer necesite al hombre y viceversa, pero no cada minuto del día.

La mujer de hoy ha aprendido a conocer el valor del dinero, le agrada hablar con su marido, ayudarlo. Sólo poquísimas personas—que suelen vivir de rentas— hablan y se comportan como los personajes de Ohnet y Bourget. Todas las demás han modificado sus ideas: los hombres porque no tienen tiempo y las mujeres porque han comprendido al fin que los hombres no tienen tiempo y porque ellas mismas carecen muchas veces de él.

Aunque las mujeres aún conservan tendencia a pensar que sólo se puede vivir de amor, que nada importa si "él" y "ella" están juntos, los hombres son distintos. Siempre lo han sido. Terminada la primera ceguera de la pasión, vuelven a su mundo natural, que es dinámico, de lucha y trabajo. Al llegar a la esquina de su casa ya han olvidado el beso que su mujer acaba de darles y se sumergen en su ansia de vivir, en su curiosidad, en sus múltiples intereses.

En cada hombre existe la íntima convicción de que sólo puede ser él mismo si se comunica con sus semejantes y mantiene con ellos relaciones reales. Esto es lo que le hace tan distinto de la mujer, que puede perfectamente encerrar todo su mundo en un hombre.

Esta actitud posesiva y mezquina debe ser superada por la mujer moderna. Y muchas lo han logrado brillantemente. Han comprendido que es imposible limitar la vida del hombre al estrecho horizonte casero y han salvado el obstáculo siguiéndolo en su itinerario. La Penélope de hoy no espera en casa el regreso de Ulises, sino que lo acompaña, aunque el viaje sea incómodo o no le guste. Esta es la manera de no perderlo.

El hombre busca el diálogo con su mujer y no toda la culpa ha sido suya si durante años, durante siglos, lo ha evitado. ¿Cómo entenderse con una persona para la cual todo empezaba y terminaba en el amor, incapaz de interesarse por nada que no fuera el amor? El hombre se hartaba, y con razón.

Conviene recordar que el aburrimiento mata los sentimientos y que un hombre es tanto más hombre cuanto más valor concede a su propia dignidad. Y la dignidad del hombre nace cuando es capaz de realizarse en un mundo de hombres. Por eso amará de veras a la mujer que no ponga obstáculos a su deseo de conocimiento y de acción. Más allá de todas las hipocresías que lo han rodeado en el pasado, el amor es una profunda amistad emocionada y deseada recíprocamente. Sólo sobre esta base es posible el diálogo entre ambos sexos.

ENRICA CANTANI

EL MARIDO SOLO EN AGOSTO

DÍA 3

Ya se han ido Amelia y los chicos. Iban tan contentos, con sus cubos, sus palas y sus flotadores. Amelia casi pierde el tren porque no acababa de hacerme recomendaciones: que me cuide, que cierre el gas, que no salga con ese crápula de Alberto y que no mire a las turistas que vienen a Madrid buscando fuego latino. ¡Pobrecita! ¡Cuánto me quiere! Es estupendo que aún tenga celos, después de quince años de casados. La verdad es que todavía estoy de buen ver. Esta mañana, precisamente, se me quedó mirando una chica alta, rubia, jovencísima, que vive en la pensión de abajo y que debe ser sueca. Si no fuera porque uno es un hombre serio...

DÍA 8

La libertad es una cosa maravillosa. No es que me queje de haberme casado, no; pero de vez en cuando viene muy bien quedarse solo, poder comer en cualquier sitio o no comer, quedarse en una terraza hasta las tantas sin que nadie ponga mala cara en casa. Hoy almorcé gambas y cerveza. La cerveza, porque hace un calor tremendo. Las gambas, porque Amelia no me las pone nunca. Dice que me dan utricaria. ¡Tiene cada mañana...!

DÍA 9

Fui con Alberto a la piscina. Al salir me encontré en la escalera con la rubita. Le dije buenos días y ella contestó con una sonrisa encantadora. La pobrecita no debe saber una palabra de español. ¡Pero qué bien sonríe! Tengo que hacer ejercicio. Al verme en bañador, en la piscina, me he dado cuenta de que he engordado. Además, estoy de un blancocho que da pena. Mañana mismo empiezo a hacer flexiones al levantarme. Dice Alberto que es lo mejor para bajar el estómago. Todo el día me ha molestado un picorcillo extraño. Debe ser del sol. Como no estoy acostumbrado...

DÍA 10

Hoy amanecí lleno de puntitos rojos. No hay duda de que no ha sido el sol, sino las gambas. Menos mal que Amelia no está; si no ya me estaría repitiendo cada dos minutos: «Si hicieras caso de lo que te digo...». Entre cao y las agujetas que me han dado las flexiones, no tengo ganas de salir. Comeré cualquier cosa en casa. Huevos fritos, por ejemplo. Después me acostaré y leeré hasta que me apetezca. Como nadie me dirá que apague la luz... Sí, la libertad es una gran cosa.

DÍA 11

Me avergüenza confesar que no sé freír un huevo. Ayer he podido comprobarlo. Llené la sartén de aceite y, cuando estaba caliente, me pareció que era demasiado. Quise echar un poco en una taza y la taza se rompió. Lo malo es que la tenía en la mano izquierda. Es la mano que ahora llevo vendada. Toda la culpa es de Amelia. Si me hubiera dejado unos cuantos fiambres en la despensa, no me habría visto obligado a guisar. Estas cosas para los profesionales. Alberto me llamó y dijo que vaya soltero de agosto más birra que soy. Quiere que vayamos mañana a bailar. El tiene pareja, pero yo no. Tal vez invite a la rubita. Cada día me sonrío con más entusiasmo.

DÍA 12

Me encontré con ella en la escalera, como siempre. Al verme la mano vendada puso cara de preocupación; pero para qué iba a explicarle nada, pensé, es extranjera y no entiende. Me limité a hacer un gesto como de conducir y a decir «trafic», «automobil». Entonces ella dijo, en perfecto castellano: «Espero que no haya sido nada serio, señor García». Sabe quién soy porque estudia inglés en la misma academia que mi hija Purita. Y de sueca, nada. Es de Murcia. Telefoné a Alberto para decirle que se vaya solo a bailar. Yo soy un hombre serio.

DÍA 15

Estoy harto. La lavandera me perdió la camisa azul, que es la que más me gusta y me ha traído en su lugar una a rayas verdes y rojas con la que me podrían hacer dos. Se me olvidó cerrar la llave del gas y cuando fui a encenderlo para hacerme una taza de café hubo una explosión que casi me desgracia. Se rompió la jarra de cristal, la que nos regaló tía Carolina para la boda, y una pared de la cocina quedó toda negra. Tendré que hacerla pintar antes de que regrese Amelia. Si no diré que soy un inútil, un manazas y qué sé yo cuántas cosas más. Pero la verdad es que estaría mucho mejor con ella aquí. No sólo por las camisas, los huevos fritos y demás menudencias, sino porque la echo muchísimo de menos. Ahora que ella no está no sé qué hacer de mi libertad. Es como si me faltara una mano. O las dos. Le voy a escribir diciéndole que vuelva pronto, que las turistas no vienen a Madrid buscando ninguna clase de fuego, sino a ver el Prado, que Alberto me aburre a morir y que lo que de verdad me apetece es irme con ella a bailar a la verberna. De lo del gas no diré nada. Uno tiene que conservar su prestigio.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO

desgraciadas por vocación; o también a la mujer fatal, insaciable devoradora de hombres y fortunas. Era, por lo común, una mala literatura, porque se guardaba bien de explicar las razones de la existencia del fenómeno; pero no inventaba nada. Aquellos personajes se encontraban en la vida real. María Luisa de Sajonia abandonó marido e hijos para irse con un oscuro músico italiano. Fue la época en que los nobles no hablaban más que de mujeres y de caballos y en que las duquesas eran imitadas ávidamente por las pequeñas burguesas. Y al cabo del tiempo fue una tremenda sorpresa, para muchas mujeres, encontrarse con que todo había cambiado.

El concepto "amor por encima de todo" ha sido superado. O, por lo menos, debería serlo.

Antes, las mujeres buscaban la evasión porque estaban obsesionadas por el concepto de "amor posesivo". Hoy—algunas— buscan la evasión más por deseo de lucro que por amor. Y aun ahora, aunque las direcciones sean opuestas, la razón que la provoca es la misma: la ignorancia de la naturaleza del hombre, de sus instintos más vitales, y el mismo desprecio por el trabajo, unido fundamentalmente a la propia pereza e ineptitud.

La mujer que se siente excluida del mundo masculino, es decir, de su pensamiento, de su actividad y sus esperanzas, está empujada a penetrar en él por el único camino que conoce: el de los sentidos. Después intenta destruir ese mundo porque siente celos de él. Todo lo que